muy festivo y parlanchín. Al darse cuenta de que Danilo comprendía el italiano pues sonreía al oír sus bromas, se aproximó a su mesa, brindó con él y lo invitó a unirse al grupo. Sin esperar siquiera ser llamadas, las dos chicas corrieron y se sentaron encantadas. Pausílipo, que había ocupado un sitio junto a Danilo, pidió cervezas y empanadas calientes.

—¡Calma, calma, Pausílipo! —dijo el astuto camarero—. ¿Quién me cancela **il conto**?

Danilo, que ya tenía en la mente el efecto de sus dos piscos dobles, sintió el tonificante efecto de estar acompañado e ingenuamente dijo:

—Tengo dinero suficiente. Pago yo. La **baldoria** corre por cuenta mía.

Las muchachas, que eran napolitanas, se echaron a cantar **Santa Lucía**. Pausílipo, que tenía bella voz, la unió al coro. Danilo se sintió melancólico y expresó su nostalgia con su tono profundo.

Siguieron entonando canciones meridionales y bebiendo.

Danilo se fue sintiendo eufórico.

El camarero se acercó con ta cuenta. Danilo sacó un fajo de billetes.

—Ahora, vamos arriba —dijo Pausílipo—. Camilo, trae la llave. Quiero ese cuarto grande, el de dos camas. Nos llevas más cerveza. Cobra **súbito il conto**. **Vieni, Paola**.

Ya en el cuarto, siguieron entonando canciones y trasegando maltas hasta el momento en que Pausílipo, entre besos, caricias y jadeos desnudó a una de las muchachas, se desvistió él también y, sin escrúpulos, se echó al lecho con ella. Siguiendo el buen ejemplo, la compañera de Danilo quedó enseguida en cueros y lo besó mimosamente, diciéndole:

—**Spógliati, per Bacco. Andiamo a letto. Sono la tua Rosina.**

Danilo quiso apagar la luz, pero Pausílipo se opuso rotundamente. Tampoco quiso que se cubrieran con las colchas. Tenían ya suficiente calefacción interna.

A pesar de su incoercible pudibundez, Danilo no tuvo más remedio que desnudarse. Ya en la cama, las caricias y besos de su tierna italiana no consiguieron excitarlo. Envidiaba la rápida y virtuosa erectitud de Pausílipo

y no hacía más que mirar su lujurioso entrelazamiento con el desnudo cuerpo de su chica. Ambos se habían mezclado tan zoomórficamente que daban la impresión de estar como metamorfoseados en un solo organismo de varios pies y brazos. Con todo y eso, la obscenidad del cuadro no despertaba los deseos de Danilo.

—Seguramente sientes vergüenza de que te vean le susurró al oído su compañera, que hizo el intento de ir a apagar la luz.

—No —dijo él, reteniéndola—. Quiero seguir mirándoles. Me agrada. Tú eres bella, Rosina, pero llevas el nombre de mi mamá.

La ineficacia de Danilo fue motivo de bromas para Pausílipo que, al terminar las peripecias de su primer asalto, propuso un cambio de parejas. Rosina con Pausílipo, y Paola con Danilo.

Las rubias aceptaron. Sirvieron una ronda de maltas. Comieron las aún tibias empanadas y, con las luces apagadas, iniciaron el nuevo asalto cada cual con diferente socia de cama.

Fue inútil que su nueva compañera pusiera en práctica sus más sutiles gracias y habilidades en el arte de amar y seducir. A pesar del fogaje producido en su cuerpo por el alcohol, Danilo continuaba inhibido mientras sentía a Pausílipo jadeando sobre el lecho contiguo.

Al terminar gloriosamente su segunda embestida, Pausílipo les dijo a las muchachas:

—Vístanse ambas y espérennos abajo. Pidan maltas y cenén por cuenta nuestra. Bajamos súbito.

Apenas ellas se marcharon, Pausílipo se arrodilló junto a la cama donde yacía Danilo avergonzado y le dijo:

—No te preocupes. Eso ocurre a menudo. Voy a ayudarte. Ya verás. Mis caricias serán más efectivas que las de ellas.

Manoseándolo, logró sin gran esfuerzo el esperado milagro. Luego lo succionó hábilmente hasta el espasmo.

Deshecho de lujuria, el indefenso Danilo suspiraba, lloraba. Pausílipo insinuó la conveniencia de proseguir la farra.

Ya vestidos, bajaron.

Las dos chicas cobraron sus servicios, alegando fatiga, deseos de descansar.

Danilo sacó el fajo de billetes y les pagó con creces. Las dos vivían arriba.

—**Arriverderci.**

El camarero anunció que iba a cerrar.

Durmiéndose de sueño, Danilo dijo:

—Habría deseado quedarme en ese cuarto. No sé dónde dormir.

—No te afanes —dijo Pausílipo—. En el puerto viven en su falúa unos amigos. Son dos hermanos italianos, loberos. Tienen ropa de lana en abundancia.

—Quiero viajar —dijo Danilo.

—Viajaremos con ellos.

Y siguieron en brazos de la noche.

Un sacerdote semejante a Jesús

Aún sintiéndose definitivamente defraudada en sus más íntimas emociones, Cándida comprendía que ni ella ni las otras maestras podían culpar a Hipólito de la menor insinuación amorosa, pues sin dejar de ser un caballero de maneras gentiles, supo siempre mantener las distancias sin dar de sí más de lo que exigían las conveniencias sociales. Tal vez por ello Josefita del Vasto, Marucha Vela, Micaela Camargo y Moniquita Ceballos creyeron oportuno apartarse. Cuando Cándida quiso convencerlas para que continuaran asistiendo a las clases de apicultura, ellas trataron de explicarle que de común acuerdo preferían alejarse para dejarle el campo libre. Sabiéndose inocente de lo que suponían, Cándida aprovechó el malentendido y aunque insistió en decir que era un error lo hizo con frases un tanto ambiguas y con una sonrisa tan sutil, que ellas ya no dudaron de lo contrario. Al hacerles creer que sí existía un inicio de relaciones amorosas entre Hipólito y ella, Cándida se creyó en libertad para completar lo que ya suponía una conquista. Sin embargo, nada era más incierto que ese ilusorio triunfo. Cándida lo comprobó enseguida, pues al quedarse dueña de la plaza, tuvo que abandonarla ya que no era prudente que ella sola visitara el taller de Hipólito, sobre todo porque las tías se oponían a ello, y no teniendo quién se dignara acompañarla, no tuvo más remedio que desistir mientras lograba persuadir a María Isabel.

Tan enfrascado estaba Hipólito en su trabajo, que apenas puso mientes en la ausencia de las cinco maestras. Sí notó sin embargo la de Felipe, sobre todo porque Ladera y Chon Candela le hicieron ver la conveniencia de salvar a Felipe de la vagancia y de los tragos. Si ya Hipólito había logrado encaminarlo con miras a aprender un oficio y a ser hombre formal, era una lástima desampararlo cuando más lo necesitaba.

Hipólito hizo varios intentos pero no pudo convencer a Felipe quien por su cuenta manifestó su desagrado de que un hombre lo anduviese buscando por las cantinas y aun por ocultos recovecos. Empecinado en su obra redentora, Hipólito fue con Ladera a visitar a las tías de Cándida. Lo hizo por sugestión de Chon Candela. María Adelaida, que ya había puesto ligeras esperanzas en el novieazgo de Cándida e Hipólito (si no ha de hacerse monja, que no pierda la ocasión de casarse con un ángel como éste), resolvió que la tía Chabela debía servir de chaperona acompañando a la «nena a las elecciones. De igual edad que Hipólito, María Isabel, sin ser coqueta, se conservaba fresca y atractiva. Dedicada a la escuela y a la crianza de su hija, sobrellevaba con sobria dignidad su viudez. Comprendió lo muy útil que sería para Cándida el noviazgo y se dispuso a acompañarla todas las tardes.

Meditando más tarde sobre este nuevo arreglo, Cándida tuvo que aceptar que resulté más cara la mecha que el candil, pues Hipólito, aviesamente adoctrinado por Chon Candela, creyó oportuno no desilusionar a Felipe a quien supuso enamorado de Cándida. Su gran delicadeza lo hizo disimular y, actuando de manera pueril, se desvivió por atender a Chabela, creyendo ver en ello una manera de retener a Felipe junto al taller y de ese modo obligarlo a superarse. Las atenciones de Hipólito ilusionaron a Chabela y fueron causa del lógico distanciamiento entre tía y sobrina. Sacrificándose en favor de Felipe y aun sabiendo que Cándida era para él lo que un poeta llamaría la ideal imagen de sus sueños, Hipólito no tuvo más remedio que persistir en un engaño de muy difícil solución, pues siguió aparentando su complacencia por Chabela. Esta, a su vez, disgustada con Cándida, no siguió acompañándola lo cual puso en aprietos a la sobrina, quien, desobedeciendo a las tías, insistió en visitar sola el taller sin que la vieran. Fingiendo que iba a hacer sus oraciones, penetraba en la iglesia por la puerta central; humedecía sus dedos en el agua bendita; se genuflexionaba y, escurriéndose por la puerta trasera, pasaba lindamente de la pequeña sacristía al taller, libre de atisbos y de miradas indiscretas. Por lo menos eso era lo que ella suponía.

La ausencia de las demás maestras y de la vigilante María Isabel en nada mejoró la situación de Cándida con respecto a Hipólito, sobre todo porque siendo ambos tímidos no osaban insinuarse menos aun frente a Felipe cuya presencia en el taller era para ellos no tan sólo un testigo sino un estorbo insuperable. Sabiendo que Felipe deseaba a Cándida como quien corre a tientas tras un sueño, Hipólito, impulsado por su propia delicadeza, prefería reprimirse y no mostrarse ni muy enamorado ni muy correspondido.

Más bien trataba de ayudar a Felipe compadecido de su loca lujuria e ingenuamente servía de mediador dando a entender que le agradaba el connubio sexual entre Chompipe y Candida, falso concepto con el cual acentuaba el odio que ésta sentía contra Felipe pues lo sabía capaz de violarla, sólo por congraciarse, apenas la tuviera a su alcance en la más mínima oportunidad.

Sin embargo, Cándida tenía casi la plena seguridad de que Hipólito se casaría con ella.

Todo andutro como a pedir de boca hasta el momento en que, un domingo en la misa, ocurrió lo inesperado. Vestido con sotana corriente, el padre Brito enfrentóse a los fieles en el altar y con acento parsimonioso manifestó que necesitaba ausentarse de la isla por una larga temporada pues haría un viaje a España con el propósito de aclarar si era válido el diagnóstico que nuestros médicos acababan de anunciarle.

—No tengo inconveniente en revelarles —dijo— que se trata de un cáncer en los pulmones; de allí la tosecita, la necia tosecita que me molesta con frecuencia. Yo sé que fumo mucho, pero nadie va a convencerme de que abandone mis queridos habanos. Son deliciosos. La tos se debe al humo. No será nada grave. Antes de retirarme les quiero agradecer las bondades que han tenido conmigo. Han sido muy cordiales y auténticos amigos. No quedarán desamparados, pues los meses que yo dure en España, que espero no sean muchos, la iglesia quedará encomendada tanto a Betín, que es un acólito insuperable, como a un hombre de Dios, digna persona y caballero muy apreciado en la isla. Les advierto que él no va a reemplazarme como párroco. Yo sigo siendo el titular. El buen amigo a quien todos conocen sólo tendrá a su cargo los oficios que su alta diaconía le concede como asimismo mantener encendida la fe procurando que los fieles asistan a la iglesia. Podrá leer las Sagradas Escrituras, administrar solemnemente el bautismo como asimismo el viático a los moribundos y presidir los ritos funerales. Insisto en que mi ausencia será corta. Tal vez, de un mes o dos. La parroquia quedará en buenas manos. El nuevo capellán es nuestro amigo Danilo Hipólito Salerno.

En ese instante, Hipólito salió de la sacristía vestido con las sagradas vestimentas y bendijo a los fieles.

Hubo un sordo rumor de comentarios. Las muchachas chismeaban las unas con las otras. Las maestras comentaban, indiscretas, entre sí. Las

beatas, no sabiendo qué hacer, se persignaban, pero se las notaba complacidas. Un sacerdote tan parecido a Jesucristo debía officiar como un bendito. ¡Gracias a Dios y gracias al Santísimo Corazón de Jesús!

Muchas etéreas ilusiones se deshicieron como cosa de magia. El nuevo «hombre de Dios» comenzó su saludo declarando que había hecho sus estudios eclesiásticos en la Universidad Gregoriana de Roma y que haría lo posible por ser digno de la misión que se le había encomendado. Acto seguido realizó la lectura del Evangelio tras la cual, sin más trámites, finalizó el oficio.

Cándida, que estaba allí en la iglesia, se sintió avergonzada y estuvo casi a punto de salirse, pues la asaltaron unas ganas inmensas de ir corriendo a su casa, tirarse sobre el lecho y desahogarse llorando a todo trapo, pero frenó sus nervios y logró razonar simulando la más completa indiferencia.

Las maestras se habían aproximado a conversar con Hipólito manifestándole su agradable sorpresa. Sin comentar el hecho, todas ellas habían quedado extrañadísimas, pues habiendo notado que Hipólito se complacía de modo unívoco con Cándida habían resuelto de mutuo acuerdo dispersarse con el objeto de no estorbar a los que ya suponían en vías de apocche romántico.

Sumisamente, Cándida se aproximó al altar y, sin decir oxe ni moxte, besó las blancas manos de Hipólito.

Peripécia en las regiones australes

Vestido con su recién confeccionado hábito salesiano, Danilo esperaba con paciencia que anunciaran la salida del paquebote que debía conducirlo a Puerto Limón. Tenía la vaga idea de que el vapor partiría al caer la noche, pero la empleada que le vendió el pasaje le advirtió que era imposible predecir la hora exacta del zarpe. Por eso, apenas comenzó a oscurecer, se había sentado sobre esos sacos de maíz con su maleta a buen recaudo por el temor de olvidarla nuevamente.

El trasatlántico italiano que lo trajo desde Valparaíso siguió su viaje rumbo a Nápoles. Danilo se había sentido tan a gusto, que habría deseado seguir hasta Pausílipo para darles la gran sorpresa a Renato, a Norina y a Lisetta. Sabía que el **nonno** Teófilo ya descansaba en paz con el Señor. Siempre le plugo llamarlo **nonno** aunque, en efecto, el bondadoso nonagenario no era su abuelo sino su bisabuelo.

Atosigado por el calor, y sudoroso, sentía deseos de estar a bordo para darse un buen baño, pues el polvo que despedían los fardos mientras iba cargándolos la grúa formaba densa polvareda que no sólo se adhería a su húmeda piel sino también, de vez en cuando, le provocaba desagradables estornudos.

El trajín infernal de obreros de diferentes razas formaba una Babel en ambos puertos del Canal. Ya, en su viaje anterior de Italia a Chile, había admirado la portentosa vía. Las silenciosas maniobras de las compuertas y el bullir de las aguas mientras llenaban las esclusas lo había dejado estupefacto.

Apenas desembarcó en Colón tuvo el capricho de visitar el vicioso antro donde *mamma Rosina*, joven aún, se vio obligada a desnudarse para servir de pasto a la lujuria vulgar de los viajeros.

Fue allí donde Rosina Salerno comenzó a hacerse rica vendiéndose a los hombres que, desde luego, se peleaban tras ella enardecidos por la atractiva gracia de su belleza juvenil unida al ritmo de sus canciones y sus danzas napolitanas.

Cuando esa noche, enloquecido de rabia y de vergüenza, salí del Tabernáculo no creí haber logrado mi propósito de encaminarla hacia la gracia de Dios. Supe más tarde que, antes de envenenarse, dejó arreglados sus asuntos de orden espiritual y económico.

Arrepentida de todos sus pecados, recibió el pan bendito en una iglesia cercana al Tabernáculo.

Ahora, sabiendo que está en el Purgatorio, rezo por ella noche y día.

Aquella noche me dejé poseer de los demonios. Bebí y lloré de rabia, de repulsión, de angustia.

Al día siguiente me desperté en el sucio camarote de algún navío. Sentía que todo me daba vueltas. Había ingerido diversas clases de licores. El resultado lo sentía en mi cabeza que me dolía terriblemente. Mi sed y la resequedad de mis labios me obligaron a descender de la litera. Por fortuna hallé a mano un jarro de agua. En ese instante fue cuando, al darme cuenta de que todo oscilaba, me percaté de que viajábamos. Debía ser una nave de muy poco calado. Tal vez una goleta. Aun creyéndome experto, no capté de momento si el camarote en que iba era de proa o de popa. Cierta insistente fetidez me daba arcadas y un malestar como de bascas. Por los desagradables residuos que vi esparcidos por el suelo comprendí que debido al malestar de los tragos vomité lo ingerido. Necesitaba respirar aire fresco. Abrí la puerta. La fría brisa marina me hizo recuperarme. Oí afuera voces acaloradas. Una de ellas era la de Pausílipo que perjuraba a gritos haber vivido en Magallanes y había oído de labios de un borracho datos precisos de una famosa lobería. Si no precisos, por los menos preciosos, pero, decía «en el techo de la caverna, perdida entre las nieves, hay una entrada oculta. Lo único malo es que se halla en las profundidades de un precipicio. Es necesario descender con sogas. Presiento que daré con el sitio. Los pájaros marinos, sobre todo gaviotas, salen a veces de la grieta. Sé que ellos pueden guiarme hacia la cueva. Si logro dar con ella tendremos «popis para volvernos ricos. Es por la Patagonia. Más abajo de la Tierra del Fuego, entre las islas Wellington y Lhermite».

—Nosotros —dijo la voz de otro hombre— nos hacemos pasar por cazadores de focas pero, en verdad, contrabandeamos ginebra y whisky. Ya tú sabes. No me fío para nada. Ese asunto me parece muy vago. Tú andas siempre borracho y eres muy charlatán. Para chingarla, trajiste a ese otro tipo. ¿Dices que es cura? Nos traerá mala suerte. Si quieres, te dejamos en tu isla mientras nosotros distribuimos las barricas. Será cuestión de una semana. Te dejaremos lonas, harto aguardiente y aderezos de pesca. Puedes quedarte con el cura. No lo queremos en nuestra compañía. Te repito que no creo en ese cuento de tus «popis».

Al poco rato llegó a mi camarote Pausílipo. Con la mayor desfachatez me explicó que todo mi dinero se lo entregó a esos dos forajidos calabreses a cambio de pulóveres y suéteres de lana abrigadores. Me dijo que, en pleno estado de ebriedad, yo había insistido en embarcarme con rumbo hacia el Canal, raro capricho que resultó imposible pues, faltándome la maleta, no tenía ni el pasaje ni el pasaporte ni el resto de mis cosas, y fui yo mismo quien después insistí en hacer el viaje a las regiones australes. Me dijo que en mi loca embriaguez le había contado todo lo relativo a los prostíbulos de mi «purísima» **mamma**, lo cual quería decir que yo era dueño de esa famosa empresa denominada Tabernáculo S.A. En todo el viaje, que fue larguísimo e incómodo, tanto Pausílipo como sus dos amigos calabreses, confabulados entre sí, tenían el tacto de secretarse de consuno para evitar que yo lograra enterarme de sus pecaminosas peripecias. Desembarcamos en un páramo nevado y borrascoso. La expedición fue inútil pues no hubo indicio alguno de grieta ni de gaviotas. Sintiéndose engañados, los calabreses se enfurecieron con Pausílipo y lo obligaron a continuar solo la búsqueda. Afortunadamente dimos con una especie de bohío rústico y, tras un día de espera, fuimos en busca de Pausílipo inútilmente. No hallamos rastro de él. Los calabreses manifestaron sin rodeos su temor de que yo les acarreará **jettatura**. Comprendí que deseaban proseguir sin demoras su viaje rumbo al sur con el objeto de negociar el contrabando lo cual era arriesgado. Pensé que lo más justo era quedarme e insistir en la búsqueda. Me advirtieron que en ese tiempo la nieve cubría todas las grietas...; podía caerme en una de ellas y que sería una lástima que el heredero de tan ricos prostíbulos fuera a quedarse sepultado en la nieve. Me hicieron bromas y, antes de irse, dijeron que, siendo yo un devotísimo hombre de Dios, debía testar a favor de ellos. Me habían dejado sogas provistas de adecuados garfios metálicos. Apenas quedé solo salí a intentar mi expedición salvadora. Luego de haber andado un trecho largo sobre la nieve, vi aparecer una gaviota que, tras dar un rodeo, se sumió

nuevamente en el páramo. Me acerqué. Vi la brecha. Llamé en voz alta al compañero y oí que su voz, debilitada a tal extremo que era difícil escucharla, respondía desde el fondo del precipicio. Luego de haber fijado el gancho en una roca, eché la soga. Pausílipo subió de inmediato. Ni la caída lo había afectado ni había perdido sus energías. Su voz llegaba a mis oídos debilitada debido al fuerte viento que corría abajo. Feliz de haber hallado la caverna donde parían las focas, me anunció que deseaba iniciar al tiro la matanza de los recién nacidos de lo contrario sería tarde. Pasada una semana perdían valor. Cuando le dije que los dos calabreses se habían marchado, se enfureció. Conseguí convencerlo de que era preferible volver al día siguiente luego de haber comido y descansado. Los dos contrabandistas habían dejado pescado seco. Pausílipo se sentía tan alegre que esa noche no hizo más que beber. Tan intenso era el frío, que yo mismo no tuve más remedio que imitarlo. Tuvimos que cobijarnos juntos bajo la misma manta. Me tocó, me excitó, quedó desnudo e hizo el papel de dama para que yo lo poseyera diciéndome que la noche siguiente me iba a tocar a mí darle su turno. De inmediato comencé a idear la forma de escabullir el compromiso. Si yo aceptaba, seguiría siendo eternamente la amante de Pausílipo que me pondría en ridículo delante de la gente. Tendría que hacer el rol de ama de casa, de simple barragana; lavar, planchar, fregar los pisos, cocinar y soportarle bravuconadas y hasta golpes. Al día siguiente bien temprano partimos con los enseres necesarios. Luego de haber fijado en una roca los garfios de la soga, bajó primero. Yo, rezando, me encomendé al Señor. Al llegar a la sima del precipicio, Pausílipo comenzó a gritar, baja Danilo, ¿qué esperas?, ¡baja, coño! Yo imploraba al Altísimo. Él, colérico, zamarreaba la soga vociferando. Noté que el garfio se estaba desprendiendo de la roca y, desde luego, no hice ningún intento por sujetarlo. Yo había aceptado eyacular en él pensando que aquel acto no sería denigrante para mi hombría pero el desquite que él me solicitaba me parecía ofensivo a mi pureza. Mientras seguía rogándole a Dios que me salvara de la terrible tentación de pecar contra natura, vi que de pronto el gancho se zafó, cayó al abismo, y oí el violento aullido de Pausílipo que me exigía volver a la cabaña y regresar de inmediato con una soga de repuesto. Le contesté que iba enseguida y me alejé de aquel sitio. Cuando llegué al bohío, los calabreses me esperaban furiosos y algo bebidos. El contrabando les resultó un auténtico desastre. Ya lo habían descargado en la habitual enseñada cuando vieron que inesperadamente se iba acercando un guardacostas. De chiripa lograron escapar. Fue en ese instante cuando sintieron la explosión. Las barricadas habían volado en llamas debido a algún certero disparo del puñetero escampavía. Como yo les había causado la **jettatura**, debía pagar

la manda y la demanda. Por eso preferían no abandonarme en aquel páramo. Nada les importaba la suerte de Pausílipo. Yo iría, con ellos hasta Valparaíso y, una vez en el puerto, llamaría por teléfono a **mammina** para que me salvara del secuestro mediante el pago de una suma adecuada. En efecto, al llegar, llamé al prostíbulo. Quien contestó fue el negro peruano que copulara con **mammina** en mi presencia. Tal vez creyó prudente no darme de inmediato la penosa noticia. Me transmitió un mensaje de la **mamma**. Aquello me pareció algo extraño. Sólo era el nombre y el teléfono de un famoso abogado (que era también notario). Por él supe que mi madre había muerto y me legaba su cuantiosa fortuna. Le consulté el secuestro de que era víctima inocente. Mis captores no se atrevieron a exagerar la suma. El abogado llevó el dinero en efectivo y en su auto me fui a su casa. Después de haber dejado sus asuntos en regla, mi mamá había ingerido más pastillas de las que acostumbraba para dormir y al día siguiente no pudo despertar. Con la efectiva ayuda del notario-abogado vendí todos mis bienes. Lloré en la tumba de Rosina Salerno y me embarqué rumbo al istmo.

La faena de carga y de descarga había llegado a su fin. El paquebote dejó oír su sirena. Posiblemente yo me había distraído pues fui tal vez el último en abordarlo. Me sentía cansadísimo. Sin ganas de cenar, me di un buen baño y, luego de endosar mi pijama, me eché, extenuado, en mi litera. No me di cuenta del despegue ni que iniciaba el viaje rumbo a Puerto Limón.